



Chile: Heridas y esperanzas

Fernando Montes, SJ*

EN Chile se ha cerrado un círculo y se han abierto muchos desafíos. Luego de una disputada elección, después de veintisiete años, entra a La Moncloa, sede del gobierno, un presidente socialista. Desde allí salió su correligionario Salvador Allende. Son los mismos lugares, muchos de los mismos actores políticos, pero en realidad se trata de otro país.

Pocos meses antes de la elección nadie hubiese creído que el resultado final de ésta sería tan reñido. El virtual empate obligó a realizar una segunda vuelta electoral. Aunque en ésta triunfó finalmente la coalición gobernante, la derecha obtuvo casi la mitad de los votos, su mejor resultado en muchas décadas. Diez años después del término del gobierno militar, Chile aparece dividido en dos mitades.

Muchos factores contribuyeron a estos resultados: el desgaste natural de un gobierno de diez años; la crisis económica de origen asiático, que afectó con mucha fuerza la abierta economía chilena creando desempleo e interrumpiendo parte de los logros; una millonaria inversión publicitaria del candidato opositor; el desencanto de la política tradicional; la prisión de Pinochet, etc.

* Rector de la Universidad Alberto Hurtado. Chile.

La campaña opositora aprovechó magistralmente la coyuntura. Eligió un candidato joven con fama de ser muy creativo y eficiente, que procuró por todos los medios mostrarse desvinculado de la política tradicional y sobre todo de su pasado pinochetista. Ayudó el hecho de que el anciano general estuviese en Londres, para que sus partidarios ni lo nombraran durante la campaña evitando así cargar con las rémoras de la dictadura. El discurso del candidato fue sencillo, cercano, sólo ofreciendo resolver los problemas cotidianos y reales de la gente. Se evitó toda confrontación y todo debate de fondo. Los asesores procuraron desvincular de los problemas de la gente el proceso político, institucional y hasta el económico. Campeó el pragmatismo y el lenguaje «moderno». Prometieron salud, habitación, estudios, sin mencionar que esas carencias estaban necesariamente ligadas a problemas más de fondo que, si bien no «interesan» a la gente, en verdad las afectan. El lema de toda la campaña fue «el cambio», pero al no explicitar el sentido de esos cambios se generó una gran ambigüedad.

El candidato de derecha por su bonhomía, su juventud, su preciosa familia de siete hijos, su compromiso religioso como miembro del Opus Dei dio confianza a sus partidarios, en particular al mundo femenino, pero no dispuso las preguntas más fundamentales. No deja de ser extraño que la derecha más tradicional hiciese su campaña enarbolando el cambio y evitando a cualquier precio hacer creer que ese cambio era hacia atrás. El discurso fue de un claro tinte populista.

Por su parte, el candidato del gobierno, que tiene una estampa de líder más tradicional, traía el aura de haber sido uno de los más decisivos opositores a Pinochet, un economista abogado que se había desenvuelto exitosamente como ministro de los gobiernos de Aylwin y Frei, pero con el inconveniente de ser socialista. Como miembro de la coalición gobernante cargó sobre sus hombros las dificultades económicas del último año y el natural desgaste de diez años de gobierno. El hecho de ser socialista no era un tema menor, porque evocaba la figura de Allende, provocando rechazo no sólo de la derecha sino de parte de sus aliados demócratacristianos. A eso se añadía un discurso impecable en sus ideas pero más cercano al del tribuno tradicional y por eso menos directo, más lejano de lo cotidiano. La vida privada del candidato fue también un factor negativo, si bien él es irreprochable por su honradez, austeridad y otros valores cívicos, Ricardo Lagos es agnóstico, divorciado y casado por segunda vez. En un país muy tradicional y bastante cerrado, estos factores tuvieron peso importante. En tales circunstancias, el tema valórico sobre todo referido a la vida familiar adquirió máxima relevancia. El socialista candidato del gobierno tuvo que presentar un programa

tranquilizador, sobre todo en lo económico, asumiendo los grandes logros que finalmente eran herencias del pinochetismo. Por su parte, el candidato opositor tuvo que ocultar al máximo su relación y continuidad con Pinochet ofreciendo un cambio que no hacía sino acentuar los grandes logros de la coalición gobernante. Se planteó por eso una extraña campaña en la cual ambos candidatos decían prácticamente lo mismo. En un momento en que se jugaba la posibilidad de terminar la transición a la democracia modificando la institucionalidad, generando una economía más solidaria y equitativa, devolviendo a los militares a su papel profesional, ambos candidatos evitaban herir susceptibilidades multiplicando las promesas de bienestar. Una vez más en Chile la explicación de los fenómenos no se encontraba en las engañosas palabras sino en el trasfondo social y cultural que es necesario auscultar con precisión.

Dos heridas que siguen restregándose

ESTA campaña sólo se entiende si se conoce el pasado.

En tres décadas Chile pequeño y lejano se ha convertido en una especie de laboratorio donde se han experimentado las más variadas fórmulas económicas, políticas y sociales. Desde la revolución en libertad democratacristiana de Frei padre, a las drásticas modernizaciones neoliberales del régimen militar de Pinochet, pasando por el intento de socialismo democrático de Allende. Todas estas experiencias prometían sacar rápidamente a la sociedad chilena del subdesarrollo. El resultado es un país que ciertamente ha avanzado en lo económico, que se ha insertado en una economía globalizada, que ha modificado sustancialmente sus estructuras políticas, pero que guarda una memoria manchada por heridas y rencores. Será difícil abrir un futuro realmente próspero y estable si esa memoria no se sana. Ya nadie cree en soluciones globales y mágicas.

En los últimos cuarenta años se produjeron dos heridas muy hondas que afectan a mundos distintos, que explican el tipo de campaña y la dificultad de los desafíos. Por una parte, la derecha tradicional recuerda con horror el período del presidente Frei (1964-1970) y los tres años de Allende. La reforma agraria, la nacionalización de los recursos nacionales, y el intento socialista de hacer una economía centralizada afectaron no sólo a los intereses de los grupos más poderosos, sino que destruyeron las estructuras de poder y los valores que habían permitido construir una vida política estable pero incapaz de resolver las grandes injusticias.

El pánico que entonces producía el fantasma del comunismo liderado en el continente por Fidel Castro quedó guardado como una herida. El marxismo leninismo confesado por la coalición que eligió a Allende provocó pavor en amplios sectores de la sociedad. Las promesas del presidente de entonces de llevar adelante un socialismo democrático «a la chilena» fueron incapaces de frenar el miedo, tanto más cuanto que importantes grupos se radicalizaron exigiendo «avanzar sin transar», ocupando industrias y tomándose los precios agrícolas que no habían sido afectados por la reforma agraria. A los errores en la conducción económica y política por parte del gobierno vino a añadirse una despiadada oposición interna apoyada fuertemente por intereses internacionales. Allende fue incapaz de concertar una mayoría parlamentaria, por lo que se vio obligado a gobernar usando resquicios legales, enardeciendo aún más el ánimo de sus adversarios que lo consideraban al borde de la ilegalidad. No es difícil imaginar que esta situación haya llevado al país a la ingobernabilidad por el desabastecimiento, la inflación desatada y la espiral de violencia que crecía. Mirado a la distancia resulta dramático constatar que la experiencia chilena era un tanto extemporánea, porque llegó cuando ya empezaban a palpar mortales problemas en el mundo socialista. El golpe militar del 11 de septiembre de 1973 puso un dramático fin a la experiencia del camino al socialismo. El presidente murió; sus principales asesores desaparecieron, fueron muertos o tomados prisioneros y se instauró una larga dictadura. Para la derecha, Pinochet fue un salvador y el verdadero liberador de Chile. La mayoría de la gente pensó que el golpe instauraría un gobierno breve que restauraría el orden devolviendo el poder a los civiles. Se equivocaron. Se instaló un gobierno dictatorial de 17 años con el propósito de refundar la república hasta en sus mismas raíces.

La herida de la derecha pareció cerrarse mientras se abría una llaga que afectaría a la izquierda. El nuevo régimen se mostró implacable con sus adversarios. Mientras en el gobierno de Allende la oposición gozó de sus derechos ciudadanos, los militares suprimieron todas las libertades, encarcelaron, torturaron, hicieron desaparecer y exilaron a los disidentes. Los servicios de inteligencia impusieron el terror entre sus oponentes. En ese ambiente no sólo se cerró el parlamento, se suprimieron los partidos políticos, se controlaron los sindicatos, sino que se procedió sistemáticamente a crear una nueva institucionalidad. Ese cambio incluyó como algo fundamental una transformación del sistema económico. La venta de las empresas del Estado, el sistema de libre mercado y la apertura creciente a la competencia internacional, los cambios en los sistemas previsionales etc. desarticulaban el aparato productivo existente. Se privilegió fuertemente el crecimiento por encima

de la distribución más equitativa de los frutos que se fueron logrando. El resultado fue la creación de fuertes y poderosos grupos económicos, que pasaron a controlar las grandes decisiones nacionales. El modelo impuesto obtuvo reconocidos éxitos, haciendo de la economía chilena una de las más exitosas y fuertes de Latinoamérica. Pero el costo social, político y humano fue muy grande. Por largos años el paro laboral fue enorme, la miseria de los más pobres se hizo insostenible, generando un ambiente hostil que pudo expresarse esporádicamente en grandes protestas en los años 80. Sin embargo, lo más doloroso de la llaga que padeció la izquierda se expresó en el atropello sistemático a los derechos humanos, que no contaron con un sistema judicial independiente y a la altura de las circunstancias para detener una política de exterminio de ciertos adversarios políticos. Después de un plebiscito que perdió el general Pinochet, se recuperó una democracia que quedó fuertemente aprisionada por la Constitución militar que dejó a las fuerzas armadas, lideradas por el mismo Pinochet, como ángeles tutelares del proceso de transición. Esas fuerzas armadas continúan estrechamente ligadas al mundo de la derecha.

Los familiares de los desaparecidos y las víctimas del régimen militar siguieron exigiendo justicia. La ley de amnistía, que echaba un manto de impunidad, hizo prácticamente imposible saldar civilizadamente las cuentas pendientes. La herida de la izquierda quedó abierta.

Entonces creímos que el desafío de la democracia era curar la deuda que Chile tenía con las víctimas de la dictadura, sin perder los avances logrados en otros ámbitos. La detención del antiguo gobernante nos hizo recordar que el problema era más complejo. Había en realidad dos heridas que separaban mundos. La derecha, que goza de amplios poderes, vio reaparecer su antigua pesadilla cuando vio al general Pinochet, el líder intocable, preso en Londres y a Ricardo Lagos, un socialista reconocido colaborador de Allende, como candidato a la presidencia con las máximas posibilidades de llegar a ella. En este ambiente enardecido no era razonable esperar mucha racionalidad. La transición fue puesta a prueba hasta en sus raíces. Chile mostró sus grietas.

Dos heridas que esconden grandes éxitos y grandes fracasos

EN estas cuatro décadas y en especial durante los últimos veinticinco años, Chile ha experimentado un complejo y muy profundo proceso de cambios. Esos cambios, sin embargo, no han sido

armónicos ni equilibrados. En la sociedad chilena conviven hoy grandes satisfacciones y grandes desencantos.

Ha habido cuatro procesos de transformación que modifican lo económico, lo político, lo social y lo cultural. Desgraciadamente, el modelo de desarrollo empleado tiende a aislar estos procesos, afectando de modo muy desigual a sus actores sin percibir la intrínseca relación que existe entre ellos.

Los cambios económicos han sido los más notorios. El país ha duplicado su crecimiento en diez años: se ha generado una conciencia empresarial; se ha reducido la inflación, las cuentas macroeconómicas son sanas. Como consecuencia ha habido un aumento del empleo y un aumento de salarios, si bien éstos siguen siendo muy bajos para los estratos inferiores. Este proceso desvinculado de los otros procesos aumentó el consumo, redujo la pobreza, pero a costa de desatención de lo político, de un crecimiento de la desigualdad social e instaurando un individualismo que desarticuló valores solidarios y estructuras de participación. Se ha producido una paradoja. Nadie quiere perder lo ganado con tanto sacrificio, pero hay conciencia compartida de que es necesario introducir cambios que humanicen el modelo y produzcan más justicia.

En lo político hay satisfacción porque los dirigentes han demostrado prudencia para producir la transición sin sangre y sin grandes traumas. Han debido buscar acuerdos, pero ellos dejan la sensación de caminos a medio andar y de falta de voluntad o temor para abordar los problemas. Las amarras constitucionales y la tutela militar dejan muchas veces la impresión de estar aprisionados en estructuras formales que quitan poder a los gobernantes. Por otra parte, el crecimiento de grandes grupos económicos ha trasladado a los empresarios parte importante del poder, dejando a los políticos encerrados en discusiones que parecen bizantinas. La ley electoral y la institución de senadores designados impiden una expresión genuina de las mayorías. Se da el extraño fenómeno de tener un senado con mayoría opositora en circunstancias en que la coalición de gobierno ha contado siempre con la ayuda del electorado. Ha sido imposible hasta el presente introducir las reformas políticas que permitan un gobierno democrático de la mayoría. Una política de este tipo no puede sino producir desinterés y falta de participación, sobre todo en los jóvenes. Cada vez más la sociedad está siendo formada por consumidores más que por ciudadanos.

En el plano social la sociedad chilena ha sufrido también un proceso de

transformación en profundidad. Existe una distancia creciente entre los sectores de más altos ingresos y aquellos menos favorecidos. Esta diferencia se marca en todo orden de cosas: posibilidades de educación, salud, acceso al crédito, etc. Particular conciencia de su marginación han tomado los grupos étnicos minoritarios que cobran la deuda histórica que se tiene con ellos. Por otra parte, la alta valoración de la competencia personal ha hecho desaparecer o quitado vigencia a la extraordinaria red de organizaciones de base e intermedias que había en Chile. Los colegios profesionales, los sindicatos, las unidades vecinales han dejado de tener fuerza, generando una fuerte sensación de aislamiento, soledad y ausencia de participación en las decisiones.

Si bien esto es muy negativo, se puede decir que amplios sectores se han ido incorporando a la vida social a través de una masificación del consumo. La gente tiene más acceso a beneficios y exige por ellos, participa en la nueva liturgia del comprar y sale del aislamiento de sus barrios para asistir al ágora moderna de los supermercados.

Sin duda el cambio más hondo es cultural. El ingreso de Chile en los mercados mundiales, la masiva entrada de la televisión, el aumento explosivo de la movilidad ha hecho sentir la globalización, sobre todo en el ámbito cultural. Un país alejado y escondido entre montañas ha visto entrar aires nuevos y problemas nuevos. Todas las certezas de su mundo tradicional han temblado y no tenemos claro a dónde vamos. La mayoría de los signos de identidad nacional se tambalean y fácilmente olvidamos quiénes somos: Nos resulta muy difícil hacer el ejercicio de tolerancia y pluralismo que el mundo moderno requiere. Fácilmente se traslada el foco de la lucha social por la justicia, que era tradicional en los movimientos sociales, a una lucha por libertades personales, sobre todo en el orden de la sexualidad.

La rapidez con que se van haciendo los cambios culturales en un país en subdesarrollo hace que convivan en la misma sociedad la edad de piedra y los más avanzados adelantos, generando tensiones y marginaciones. De hecho Chile lidera en Latinoamérica el uso de la informática y las comunicaciones modernas en medio de estructuras arcaicas. Nos hemos ido haciendo cofrades de un mundo donde la droga y la violencia han irrumpido con fuerza quitando seguridades, rompiendo vínculos y generando angustias. No es extraño por eso que, junto con querer continuar en la vía de la modernización y del progreso, la sociedad chilena sienta un malestar que cuestiona el sentido de sus luchas.

Será un desafío del nuevo gobierno articular estos procesos. Hasta ahora ellos han involucrado separadamente a economistas, políticos, líderes espiri-

tuales, artistas, militares. Es necesario que todos se integren en un proyecto común. Los líderes espirituales no pueden desinteresarse del progreso económico, y los economistas y empresarios no pueden ignorar los efectos morales de las reformas introducidas.

Conclusión

CHILE es un país de contrastes: está contento y desagrado, quiere cambiar y conservar; se enorgullece de su historia pero no quiere volver a los excesos del pasado de uno y otro lado. Si se miran los resultados electorales parecería que existe una honda división, pero si se analizan en profundidad existe un extraordinario consenso en las líneas fundamentales. El problema es de credibilidad sobre quién puede llevar adelante los programas; sobre quién puede integrar mejor procesos que parecen contradictorios. En Chile, país lejano, pequeño y pobre se abre la posibilidad casi única en el mundo de alcanzar finalmente el anhelado desarrollo. El desafío es integrarse al mundo y crecer sin perder el alma, sin desarticularse como nación. El nuevo gobierno cierra un ciclo que guarda dentro de él mucho dolor pero que ha dejado experiencia. Es para él un desafío hacer un desarrollo integrador donde nadie quede fuera y las heridas se curen para no seguir encerrados en el pasado. En particular un socialista tiene que ayudar a poner fin a la guerra fría para que el mundo de la izquierda pueda integrarse sin limitaciones. Un socialista tiene que encontrar también una solución a los problemas de derechos humanos para que los militares y sus partidarios puedan integrarse en igualdad y no por la fuerza en la sociedad. Curar dos heridas e integrar cuatro procesos es un desafío no pequeño para un gobierno.